

Revista de Cancioneros Impresos y Manuscritos

número 8 - año 2019

ISSN: 2254-7444

ARTÍCULOS

El *Juego trobado* de Pinar: la memoria cultural colectiva de las damas de la corte de la reina Isabel de Castilla en el año 1496

Roger Boase

1-22

***Punto en boca*, de Quevedo, según la versión del Ms. Corsini 625**

Patrizia Botta

23-49

Dos ejemplares recuperados del *Cancionero de Zaragoza* (92VC) con sorpresa inserta: unas desconocidas *Coplas del Quicumque vult* y dos nuevos fragmentos de *La Pasión trovada* y de la *Vita Christi*

Mercedes Fernández Valladares

50-106

Textos de difusión italiana en el Ms. Corsini 625

Aviva Garribba

107-127

Sobre la *Epístola proemial* y las obras poéticas de Onofre Almudéver

Joan Mahiques Climent

128-209

RESEÑAS

Las tres partes de la *Silva de varios romances* de Vicenç Beltran

Lilian Medina y Alejandro Higashi

210-220

El *Romancero del Cid*, recopilado por Juan de Escobar

Natalia Anaís Mangas Navarro

221-226

Los *Romances* de Lorenzo de Sepúlveda

Paola Laskaris

227-242

RESEÑA / REVIEW

LAS TRES PARTES DE LA *SILVA DE VARIOS ROMANCES* DE VICENÇ BELTRAN

THE THREE PARTS OF THE *SILVA DE VARIOS ROMANCES* BY VICENÇ BELTRAN

Vicenç Beltran (introd.), *Primera parte dela Silua de varios Romances [...] impressa en Çaragoça por Steuan G. de Nagera, 1550*, edición facsímil, estudio de Vicenç Beltran, coordinación de la edición de José J. Labrador Herraiz, Madrid, Frente de Afirmación Hispanista, 2016, 596 pp.

Vicenç Beltran (introd.), *Segunda parte dela Silua de varios Romances [...] impressa en Çaragoça por Steuan G. de Nagera, 1550*, edición facsímil, estudio de Vicenç Beltran, coordinación de la edición de José J. Labrador Herraiz, Madrid, Frente de Afirmación Hispanista, 2017, 596 pp.

Vicenç Beltran (introd.), *Tercera parte dela Silua de varios romances [...] impressa en Çaragoça por Esteban G. de Nagera, 1551*, edición facsímil, estudio de Vicenç Beltran, coordinación de la edición de José J. Labrador Herraiz, Madrid, Frente de Afirmación Hispanista, 2017, 518 pp.

Con el apoyo del Frente de Afirmación Hispanista, Vicenç Beltran como editor responsable y José J. Labrador Herraiz como director de la colección completan una de las incursiones más necesarias y originales en los estudios del romancero impreso de los últimos años. Contra el enfoque crítico dominante, según el cual Esteban de Nájera no fue sino un impresor sin escrúpulos que plagió con poco disimulo el *Cancionero de romances* de Martín Nucio, el panorama que traza hoy Vicenç Beltran en los tres contundentes estudios (poco menos de 500 páginas en total) que acompañan cada edición facsímil es muy distinto. Lo que por mucho tiempo se vio como un remedo sin imaginación, hoy se reivindica como un proyecto sumamente original (textos no conocidos por la tradición previa procedentes de autores letrados, la producción de romanceros seriados acompañados de copiosos grabados, la publicidad linajística implícita como una línea temática importante, etc.) que si bien partió del modelo de Nucio, se propuso superarlo y tener una identidad propia. Desde esta perspectiva, el trabajo de De Nájera puede percibirse como un engrane esencial del proceso de

revaloración del romancero cuando las tradiciones folclóricas de las clases iletradas dieron paso a un nuevo grupo de autores e impresores con otras aspiraciones; como apunta el mismo Beltran, «los primeros poetas cultivados que empezaron a crear romances adaptados a las exigencias de calidad de las clases ilustradas introdujeron un nuevo tipo de composiciones que los estudiosos han denominado sucesivamente trovadorescos, eruditos o nuevos, mucho más complejos, más o menos adaptados a las exigencias literarias del momento, creados y transmitidos a través de la escritura» (t. 3, pp. 188-189).

De paso, esta visión de conjunto se nutre con el estudio de cada romance para destacar distintas características del trabajo de De Nájera y del clima editorial en el cual nacieron y se transmitieron: la capacidad del impresor para encontrar romances inéditos; las estrategias de adaptación de los textos que pasaron por los repertorios de músicos y glosadores; la filiación temática de buena parte de los materiales a la nobleza aragonesa y zaragozana; la relevancia del romancero mal llamado *erudito* en sus variantes religiosa y cronística; la estrecha relación entre las tres partes de la *Silva* y los pliegos sueltos y muchos otros temas que definen en su conjunto las motivaciones para adaptar una tradición folclórica a los gustos literarios del momento. Esta nueva orientación quedaría incompleta, por supuesto, si dichos estudios no estuvieran respaldados por la evidencia textual: la primorosa edición facsímil de las tres partes, donde puede reconstruirse una etapa fundamental de la evolución del romancero impreso al cierre del quinquenio de 1546-1551.

Para esta tarea, Vicenç Beltran ha recurrido al caudal de investigaciones clásicas y recientes sobre el romancero —desde los trabajos tempranos de Menéndez Pidal y Rodríguez-Moñino hasta los estudios de tipobibliografía de Mercedes Fernández Valladares o crítica textual de Mario Garvin; con éste último, en un diálogo activo y constante a lo largo de los tres tomos de la *Silva de varios romances* con el que Beltran actualiza muchos datos de su conocido *Scripta manent, hacia una edición crítica*

del romancero impreso (siglo XVI), del 2007—, a la aplicación de herramientas de la crítica textual y a una meticulosa reconstrucción del contexto histórico. Su estudio introductorio (t. 1, pp. 9-137) de la *Primera parte de la silva de romances* da cuenta de estos aspectos a lo largo de sus cinco apartados: en «La emergencia del romancero» (t. 1, pp. 9-36), Beltrán nos introduce al proceso de conservación del romancero, desde las primeras versiones manuscritas conocidas, probablemente procedentes de la tradición oral, hasta su consolidación en la imprenta como un producto para los grupos letrados de las cortes. Para conocer los aspectos que lo hicieron posible, el autor analiza la intervención de los valores literarios del texto y las funciones asignadas por la sociedad receptora. La fuerte vinculación entre las dos vertientes de la tradición oral, la folclórica y la cortesana, introduce una problemática constante en los estudios introductorios de las tres partes: la identificación de las fuentes de los textos compilados por De Nájera. ¿La *Silva de varios romances* se sirvió de los pliegos o fueron éstos los que se basaron en ella? Beltrán considera los factores políticos que condicionan los contenidos de los textos y demuestra la inclinación de los romances históricos hacia la propaganda de los intereses políticos e ideológicos del poder real. Esta publicidad encontraría acomodo en las ceremonias y festividades de la alta sociedad, lo que conduciría a su tradicionalización en cancioneros musicales y en repertorios de ejecutantes y, de ahí, a su compilación en los impresos. En el segundo apartado («El romancero y los pliegos sueltos», t. 1, pp. 36-61), Beltrán se concentra en reconstruir el contexto sociocultural que llevó a la progresiva edición masiva de pliegos sueltos durante el paso del siglo XV al XVI. Con un profundo conocimiento de la imprenta del XVI, Beltrán enumera las distintas funciones de la promoción ideológica que tuvieron los pliegos como la organización de la sociedad en torno a una cosmovisión que incidió en su autopercepción como comunidad o la justificación de acciones políticas y posiciones sociales de los grupos dominantes (t. 1, pp. 44-47). Desde la perspectiva de la crítica textual, los pliegos contribuyeron

a: a) difundir romances que no figuraban en los cancioneros de la época y, con ello, asegurar su conservación; b) ser fuente de gran parte del *Cancionero de romances* y c) estrechar la relación entre los temas y la vida social y política de la época debido a la cronología aproximada de su emergencia escrita (t. 1, p. 59). En la tercera sección, «El *Cancionero de romances*» (t. 1, pp. 61-80), Beltran recorre el dificultoso camino hacia el origen y las fuentes en la tradición oral del libro de Nucio; como punto de partida, considera el proceso de *compilatio* y *ordinatio* al que Nucio sometió los pliegos sueltos y el material del *Cancionero general* (t. 1, p. 62). A partir del trabajo de Mario Garvin sobre el método de Nucio para seleccionar sus textos y realizar la corrección de sus lecturas, Beltran propone analizar cada pliego distinguiendo «cuando toma el romance de una fuente que lo contiene exento y cuando lo toma de una fuente donde aparece glosado», método que a lo largo de los tres tomos permite explicar la pérdida de pareados o la presencia de versiones reducidas (t. 1, p. 66). La discusión prosigue en torno al origen de los romances en los pliegos: desde poetas, músicos y ejecutantes oficiales de la corte, hasta juglares y ciegos que llegaron a imprimir y publicitar sus composiciones. En esta exploración se representa otro filón muy original de las propuestas de Beltran, ampliado y consolidado a lo largo de los tres volúmenes: la sospecha de que la imprenta se alimentó en sus primeros años de composiciones conocidas a través de los repertorios de músicos de la corte y no, como suele pensarse, de la tradición folclórica.

En la sección titulada «La *Primera parte de la Silva de romances*» (t. 1, pp. 81-131), el contexto previo resulta fundamental para entender las novedades que propone De Nájera respecto a «la estructura, fuentes y significación de la *Primera Silva de romances*» (t. 1, p. 81), especialmente en relación con el *Cancionero de romances* publicado por Martín Nucio en Amberes. La supresión de los romances carolingios en esta primera parte llevaría, por ejemplo, a la incursión de dos líneas de renovación de De Nájera: «la ampliación temática a dos sectores ideológicamente

contrapuestos (lírica religiosa y poesía de entretenimiento y fiesta)» (t. 1, p. 132) y al inicio de una estrategia de mercado publicitaria para sus siguientes entregas, que se justifica en la integración de los textos de las partes siguientes (donde se recuperan los carolingios de Nucio en la *Segunda parte* o se suprimen los chistes en la *Tercera*). Para la organización del material, Esteban de Nájera siguió tanto los criterios de la tradición literaria cortesana como la evolución del romancero hacia una literatura oficial. La visión de conjunto que plantea Beltran parte, por fuerza, de casos particulares. El análisis de las variantes para demostrar la posible relación de dependencia entre los pliegos y esta parte de la *Silva de varios romances* puede seguirse con facilidad gracias a las tablas comparativas. Las páginas que dedica Beltran a la inserción de grabados en la *Silva de varios romances* como otro indicio de la adaptación del romance a los gustos de los grupos letrados completan este panorama.

En las «Conclusiones» (t. 1, pp. 131-137), básicamente se enfatiza la demostración de la hipótesis: Esteban de Nájera no plagió el *Cancionero de romances*; como apunta Beltran, «el impresor debió darse cuenta de que entre el material del *Cancionero* y el que él había reunido por su cuenta podía duplicar su volumen y que convenía por tanto cerrarlo y convertirlo en el primero de un proyecto más amplio que, por fin, daría lugar a los tres que hoy conocemos» (t. 1, p. 136). Las tres *Silvas de varios romances* serían el primer eslabón de un nuevo paradigma editorial: aprovechar el material existente y presentar innovaciones tanto formales como de contenido para un mercado cortesano.

Algo más amplio que el anterior, el estudio introductorio de la *Segunda parte* ocupa alrededor de 150 páginas, extensión que ya anuncia el ambicioso proyecto de «analizar las variantes de todos y cada uno de los pliegos en que los estudios precedentes se habían apoyado» (t. 2, p. 10). La primera sección se titula «La formación de la *Segunda parte*» (t. 2, pp. 11-126) y se divide en tres subsecciones: «a) Los romances religiosos» (t. 2, pp. 13-41), «b) Romances de historias españolas»

(t. 2, pp. 41-122) y «c) Chistes y poesía ligera» (t. 2, pp. 123-126). La compulsa de los testimonios, conservados o hipotéticos, refuerza el análisis de la problemática relación entre pliegos sueltos y *Silvas de romances*. No obstante esta revisión ambiciosa, Beltran reconoce que «una colación puede resultar útil en muchos aspectos», por ejemplo, para mostrar el contenido inédito agregado al ya existente, «aunque no sirva para decidir claramente la prioridad» entre los testimonios (t. 2, p. 95). Aunque los resultados del análisis de variantes entre testimonios conservados no siempre resultan concluyentes para determinar la filiación de un testimonio (ante la datación insegura de los pliegos, en los casos de proximidad textual resulta difícil decidir si De Nájera copió del pliego suelto o fue, al revés, la *Silva de varios romances* la que sirvió de modelo), el trabajo en su conjunto ofrece un escenario inestimable de las redes de comunicación entre imprentas y, probablemente, capillas musicales de la época.

Ya en la *Primera parte* se apuntaba la sospecha sobre las innovaciones de Esteban de Nájera, pero es aquí en donde se justifican y valoran. Respecto a los romances religiosos, Beltran da cuenta de la inclusión de textos inspirados en pasajes evangélicos cuya rúbrica en latín permite vincularlos con el ambiente clerical, relacionado con los impresores de la época, y «una alta cultura religiosa, divulgadora de episodios gloriosos y milagrosos de los evangelios» (t. 2, pp. 27-28). Los romances no conservados en otras fuentes previas relatan milagros referidos a mujeres, posiblemente salidos «de algún conventículo piadoso [...] seguramente femenino o con fuerte presencia femenina» (t. 2, p. 38). En cuanto al origen de todo el conjunto religioso y del trabajo de *compilatio* de Esteban de Nájera, Beltran observa que nueve ya circulaban impresos, mientras que doce son inéditos, recogidos por De Nájera de la transmisión primaria, oral o escrita (t. 2, p. 39). Los romances de historias españolas, a pesar de no seguir otro orden que el de sucesión textual (t. 2, p. 41), testimonian la necesidad de conservar la memoria histórica de reinos altamente preocupados por su imagen pública, lo que condicionará sus temáticas. Tal es el caso de cuatro romances recuperados por el editor zaragozano

«que, por su tema, pueden remontar a fuentes aragonesas vinculados con la vida político-poética del reino» de Aragón, para reivindicarse como una corona fuerte y gloriosa (t. 2, p. 65). De igual forma, los intereses de las familias poderosas incidirían en la composición y en la publicidad de romances linajísticos; en busca de las posibles fuentes, Beltran nos recuerda el papel de las capillas musicales, integradas por los músicos e instrumentistas de la corte que seguramente escribían a fin de servir a sus señores (t. 2, pp. 78-79). Los intereses particulares de distintos sectores no se detienen aquí y Beltran no dudará en apuntar la importancia de investigaciones pendientes, como la formación de mitos justificativos del poder de las casas aristocráticas; como apunta, «son paradigmáticos los casos de los Fajardo de Murcia, los Manrique, los Ponce de León y otros que esperan un estudio atento» (t. 2, p. 80). Hay que añadir que en esta sección se recuperan los romances carolingios suprimidos en la *Primera parte*, supresión que, recordemos, no se debió a prejuicios estéticos ni políticos, sino a un claro conocimiento del funcionamiento del mercado editorial; por tanto, esta reincorporación constituye una novedad en el sector. Por último, la tercera sección de «Chistes y poesía ligera» está fuertemente vinculada al tono festivo presente en celebraciones y saraos, es decir, a los pasatiempos cortesanos, por lo que sus fuentes podrían residir en tal ambiente.

Los últimos dos apartados, «La *Segunda parte* en la emergencia del romancero» (t. 2, pp. 127-154) y «La personalidad de la *Segunda parte*» (t. 2, pp. 155-162), están destinados a enmarcar las conclusiones en torno a dos grandes vertientes. En la primera, los resultados de la compulsa de los diversos testimonios impresos indican su pertenencia a la tradición musical, lo que refuerza el papel de los ministriles y sus repertorios en la problemática de las fuentes y, un punto destacable, la sospechosa atribución de los textos a los nombres que figuran en los pliegos. Respecto a la segunda vertiente, Beltran subraya las resonancias eruditas y cronísticas de esta *Segunda parte* como un instrumento de conocimiento histórico y, simultáneamente, una vía de

dignificación del romancero. En todo caso, Beltran demuestra que las innovaciones del editor zaragozano estuvieron fuertemente vinculadas a las aspiraciones del sector letrado, lo que justifica que impresores posteriores como Timoneda sigan la brecha que abrió la *Silva de varios romances* (t. 2, p. 161).

En su no menos compendioso estudio de la *Tercera parte* (t. 3, pp. 9-204), Vicenç Beltran analiza uno a uno los romances recogidos por De Nájera con el mismo rigor que hemos podido percibir en las partes previas: aprovecha las herramientas del análisis filológico para determinar la filiación posible del testimonio de De Nájera con los pliegos sueltos, manuscritos y romanceros disponibles, así como avanzar nuevas conjeturas sobre el valor social, literario y musical que pudo tener cada composición para los grupos nobiliarios a los que estaba dirigido. Cuando no se conserva fuente previa (más de la mitad de los romances recogidos en esta tercera parte), se manifiesta la pericia del impresor para hacerse de materiales nuevos. Aunque en la argumentación de Beltran a menudo se alude a fuentes que hoy nos son desconocidas como si se hubieran perdido, creo que no puede descartarse la posibilidad de que muchos de estos romances hayan sido encargados por el impresor, una vez que autores como Lorenzo de Sepúlveda, el caballero cesáreo de Nucio o el autor de los romances comentados por Alonso de Fuentes muestran interés en rescatar estas formas del acervo folclórico de su tiempo y no dudan en escribir por encargo. Esta práctica pudo, incluso, ser muy temprana, como ilustran los romances religiosos (bien estudiados por Beltran en las tres partes de la *Silva*) o los mitológicos estudiados por Jimena Gamba Corradine en fechas recientes. La inevitable dispersión de esta sección, donde se privilegia el romance como unidad de análisis, se soluciona con unas «Conclusiones» (t. 3, pp. 165-174) donde se explicita la intención general de De Nájera y se amplía y profundiza la orientación temática de la compilación en torno a tres círculos concéntricos: las capillas eclesiásticas del momento, la exaltación de los linajes aragoneses y la política imperial de Carlos I.

Como indica el mismo Beltran, la agenda editorial del Frente de Afirmación Hispanista no permitió que la investigación estuviera cerrada antes de iniciar la publicación cronológica de cada parte (t. 3, p. 12), de modo que las «Consideraciones finales y prospecciones metodológicas» (t. 3, pp. 175-204) revisten un interés particular al completar el panorama sobre las vías de adaptación de esta forma folclórica a las modas cortesanas, que se inició con *El romancero: de la oralidad al canon* (2016) y remata con esta *tercera parte* (aunque, claro, se esperan nuevas contribuciones en esta línea con el estudio introductorio que prepara el mismo Beltran para los *Cuarenta cantos* de Alonso de Fuentes y las *Rosas de romances* de Timoneda en la misma colección). El recuento de los temas en esta sección puede darnos una idea sumaria del sentido de los avances: las tensiones entre un ambicioso proyecto seriado (que define incluso las signaturas de los cuadernillos) y la *variatio* inherente al concepto culto de *silva* (procedente sin duda de Pedro Mejía) nos instruyen sobre los gustos cortesanos de la época. Respecto al influjo de la oralidad en la transmisión del romancero, Beltran demuestra su importancia en el plano de la transmisión musical: de nuevo resulta evidente la sinergia entre los repertorios musicales de las cortes y las imprentas del periodo, entre ejecutantes e impresores; el análisis pormenorizado de las variantes textuales entre testimonios deja ver la importancia de los retoques típicos de una tradición letrada (esto es especialmente claro en el caso de la pérdida o reacomodo de dobles octosílabos en los romances extraídos de sus glosas), aunque en varios casos puede sospecharse la intervención de una tradición oral culta, como la que subyace a las versiones abreviadas de romances, explícitamente preparadas por los músicos para su ejecución; quizá también pueda responsabilizarse a este mismo gremio de la presencia de romances seriados, aquéllos que se suceden uno detrás de otro mediante remisiones explícitas y que no parecen haber llamado la atención hasta ahora.

El recorrido historiográfico y la aplicación de herramientas de la crítica textual en la compulsa de los testimonios por Vicenç Beltran a lo largo de estos tres tomos no sólo nos permiten considerar la relación de dependencia entre los manuscritos, los pliegos sueltos, el *Cancionero de romances* y la *Silva de varios romances*, sino que alcanza el terreno de la pragmática y la sociología al conectar la cronología aproximada de la emergencia a la escritura con la vida social y, sobre todo, política de la época. En este recorrido, se aprecian las funciones ideológicas de los pliegos sueltos para la habilitación del romance entre las clases cultas y dominantes, así como las vías por las cuales se implanta en el gusto del público el romancero escrito por letrados, desde el romancero religioso hasta el historiado, aprovechando probablemente los intereses linajísticos y aristocráticos asociados a sus temas. La inclusión de la lírica religiosa y de la poesía ligera, como dos polos moralmente opuestos de los entretenimientos cortesanos, permite subrayar la importancia que tuvieron las capillas musicales y sus repertorios en el proceso de dignificación del romancero, lo que induce a Beltran a proponer una sólida red de comunicación entre músicos, clérigos, ministriles e impresores, cuyo mejor reflejo se encuentra en este proyecto editorial sin precedentes para el romancero: tomar material del *Cancionero de romances*, añadir textos no publicados previamente, identificar los intereses de distintos sectores de la sociedad y orientarlos en el sentido del romancero escrito por autores letrados, dividir su obra en tres tomos y añadir grabados como se haría en obras literarias de la alta cultura.

Quizá lo que más deba rescatarse del ingente trabajo que publica Beltran a lo largo de estos tres tomos sea el ánimo con el que emprendió esta investigación y que se refleja bien al cierre del estudio introductorio de la *Tercera parte* como una invitación ineludible para quienes estudiamos el romancero: «Esperemos que la reedición de estos tres volúmenes sirva para atraer la atención de los estudiosos, todavía focalizada en los *Cancioneros de romances*; Esteban de Nájera, Sepúlveda, Fuentes, Tortajada y tantos otros compiladores actuaron como catalizadores de las modas coetáneas

y es obligación del historiador atender a los hechos tal y como fueron, sin trocear el campo de estudio al socaire de juicios estéticos o de jerarquías históricas que son las nuestras, desde luego tan válidas como las de antaño, pero que deforman nuestra percepción del pasado en lugar de encauzarla. Durante una época ya muy larga, fue función prioritaria de la historia literaria la confección de un canon a nuestra medida; a la altura de nuestro tiempo hemos de aspirar a un objetivo más ambicioso: elaborar teorías que permitan una apropiación respetuosa del pasado mediante la que podamos aprovechar sus experiencias sin deformarlo a nuestra medida» (t. 3, p. 204). La publicación facsímil de estos romanceros, por vez primera, es un primer paso en esta dirección.

Lilian Medina

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa
lilianmichelle.medina@gmail.com

Alejandro Higashi

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa
higa@xanum.uam.mx